

EL COLUMPIO

Ana introdujo el emparedado de jamón y queso en la fiamblera y salió de casa mediado el día.

Los sábados, las calles del complejo urbanístico eran lo más parecido a un desierto. Las acomodadas familias que allí residían se trasladaban a los pueblos de la sierra que lindaban con la apática e impersonal ciudad, en la que un ritmo de vida excesivamente acelerado les obligaba a vivir.

La lluvia caída durante la noche aun se podía apreciar sobre el asfalto, y desde los jardines a floraba un fresco aroma a hierba mojada.

Con el almuerzo en la fiamblera, Ana recorría las calles empapándose del acogedor silencio que embriagaba a los paseantes ávidos de soledad.

Cruzó la calle a la altura del colegio donde Jorge realizaba el segundo curso. Las puertas estaban cerradas y persianas bajadas.

- No hay edificio más triste que un colegio cuando no es alborotado por cientos de chiquillos que convierten las aulas en su segundo hogar – pensó Ana mientras lo iba dejando atrás.

El camino hasta el parque del norte donde solía ir a jugar Jorge desde su casa, le parecía el trayecto más hermoso que se podía recorrer en esa ciudad y no podía evitar lucir una radiante sonrisa mientras lo recorría cada sábado.

Para llegar hasta allí debía pasar por la catedral con su majestuoso estilo plateresco. Por el estanque, con diversos peces de múltiples y vistosos colores que daban vida a las aguas repletas de nenúfares, donde los ancianos pasaban horas alimentando con los restos del pan del día anterior a sus pobladores.

Las últimas calles que precedían al parque cruzaban por mitad del casco antiguo de la ciudad donde artistas bohemios asaltaban el empedrado con sus lienzos en busca de la inspiración que solo los barrios tan añejos como esos lograban transmitir.

Por supuesto era paso obligatorio el enorme escaparate de la pastelería de “La abuela Teresa”, donde decenas de niños babeaban contemplando en su interior un maravilloso mundo de chocolate y golosinas.

Una o dos veces al mes, Ana junto a su retoño, pasaban a su interior y dejaba que Jorge eligiera el dulce con el que saciar sus ansias de golosa fantasía.

La colosal piruleta de cinco sabores diferentes solía ser la recurrida elección de Jorge, que pasaba el resto del día lamiendo con ansia el anhelado trofeo por una semana sin dar quebraderos de cabeza a sus padres, o un sobresaliente en matemáticas.

Al cruzar por la puerta que daba paso al parque se encontró a una madre que literalmente arrastraba a su hijo del brazo mientras él lloraba y pataleaba rogándole por cinco minutos más jugando con sus amigos en los columpios que coronaban el centro del frondoso y bello parque.

Observó la escena consciente de que ella jamás la protagonizaría. Jorge a pesar de que gozaba de sus juegos en el parque, siempre ansiaba el momento en que su madre llegaba para traerle el almuerzo y después acompañarla de regreso a casa.

A medida que caminaba por el angosto sendero que la conducía hasta la zona de juegos infantiles un leve escalofrío le recorrió la espalda.

Algo iba mal.

Se detuvo cuando contempló como el césped que le rodeaba comenzaba a crecer varios palmos a la vez que iniciaba un incesante baile merced a un viento inexistente.

Las finas hebras del césped le besaban los tobillos erizándole la piel.

Reanudó su camino acelerando el paso mientras el otrora soleado cielo se decoraba con infinidad de nubes grises que presagiaban una inminente e inesperada tormenta.

El suelo ennegreció, el constante piar de las aves enmudeció, y un silencio sobrecogedor se apoderó del paisaje.

Ana comenzó a correr sintiendo como su pecho era incapaz de controlar el ritmo cada vez mas acelerado de un corazón que no estaba preparado para la tensión a la que comenzaba a ser sometido.

Los árboles que acompañaban al sendero se cernían amenazantes sobre Ana, arañándole las vestiduras con los finos extremos de sus ramas.

El umbral del pórtico metálico que daba al patio circular donde se encontraban los columpios apenas quedaba a un par de metros, y Ana lo atravesó lanzándose al suelo en un angustioso salto final en el preciso instante en que una de las inquisidoras y amenazantes ramas intentaba sujetarla por la cintura.

Caída en el suelo, Ana cerraba con fuerza los ojos esperando sumisa que la rama le alcanzase haciendo inútil su salto intentando huir de ella.

Pero nada de eso ocurrió y cuando su corazón comenzaba a recobrar su ritmo habitual, una voz a varios metros de ella reactivó la velocidad en él.

- Hola mamá

Ana abrió los ojos alarmada y se puso en pie para ver como su hijo Jorge le sonreía y saludaba con la mano desde lo alto de uno de los columpios.

Sentado sobre una silla metálica colgada de dos cadenas que a su vez estaban unidas a una barra horizontal. El pequeño Jorge iba y venía entre carcajadas mientras la oscuridad también se adueñaba de la zona central del parque.

- Cariño. Mamá está aquí – acertó a decir entre balbuceos.

El patio central del parque donde se encontraban los columpios fue rodeado en segundos por unas poderosas llamas que parecían surgir de las entrañas del suelo. Jorge seguía adelante y atrás, arriba y abajo en el columpio como si lo que estaba sucediendo a su alrededor no le inmutara en absoluto.

- ¿Me has traído el almuerzo mamá?

Las lágrimas comenzaron a derramarse con rapidez por el rostro de Ana, mientras se iba acercando sigilosamente al columpio donde Jorge permanecía ajeno al siniestro espectáculo que acontecía en el parque.

- Si cariño, te he preparado tu almuerzo favorito.

El metal de los columpios que estaban situados junto al que Jorge montaba comenzó a crujir mientras se retorcían simulando postrarse ante el que el niño montaba.

Los vivos colores en los que estaban pintados habían sido cubiertos por un musgo negro que prácticamente ocupaba la totalidad del parque.

- Baja Jorge. Ven con mamá.

Al decir estas palabras, las cadenas que sujetaban la silla donde Jorge se balanceaba se separaron por los anclajes del asiento, y ajando al pequeño de una de sus piernas, se alzaron majestuosas como dos enormes y amenazadores brazos a punto de golpear el suelo.

Ana gritaba viendo como su hijo era levantado por la pierna mas de quince metros y a pesar de ello no paraba de reír como si lo que estaba ocurriendo fuera parte de la atracción.

- ¡Mamá, mamá!, el columpio es mi amigo. Y dice que podré jugar con él para siempre.

Ana cayó de rodillas al suelo y la fiamblera donde llevaba el almuerzo de su hijo rodó hasta una de las bases del columpio que mantenía a Jorge en alto.

- No por favor. Devuélveme a mi hijo – gimoteó.

Levantó su humedecida mirada justo a tiempo de contemplar como la cadena que sostenía a Jorge de una de sus piernas, se balanceaba tomando impulso para después lanzar al niño hacia arriba.

Se elevó unos metros más y comenzó la caída a una velocidad vertiginosa.

Su madre corría sobre sus rodillas que sangraban al restregarse por el suelo, intentando llegar hasta el punto donde calculaba que su hijo se estrellaría.

Aun en un momento como ese podía distinguir perfectamente como Jorge reía a carcajadas a medida que se iba acercando velozmente hacia el suelo.

Ella, incapaz de llegar hasta él, cerró nuevamente los ojos negando asimilar que su hijo estaba apunto de estrellarse contra el suelo. Colocó las palmas de las manos sobre los ojos y permaneció inmóvil esperando oír trágicamente el sonido del cuerpo impactando cerca de ella.

Durante unos segundos siguió en esa posición hasta que una mano se posó sobre su hombro con delicadeza.

- Ana – dijo una voz masculina sobre ella.

Lentamente abrió los ojos para comprobar como todo el parque volvía a ser como siempre. La oscuridad había desaparecido, todo era verde y refrescante, los vistosos

columpios se mostraban ante ella con sus bellos colores, y el canto de los pájaros componía la banda sonora del idílico lugar.

Todo estaba como siempre salvo Jorge. Su hijo no estaba allí.

Miró junto a la base del columpio central, pero lo único que permanecía en ese lugar era la fiambarrera que anteriormente se le había caído.

Al estrellarse contra el columpio se había abierto y de ella asomaba el emparedado de jamón y queso que con tanto mimo preparó antes de salir de casa.

- ¿Ana estás bien?

Su marido, sin dejar de apoyar su mano sobre el hombro de esta, se acuclilló junto a ella deslizado los dedos de la mano libre sobre su mejilla, que aun reflejaba las lágrimas derramadas.

- Jorge – acertó a decir Ana

- Jorge murió – contestó él con vehemencia – hace mas de cuatro años, en este mismo lugar. Cayó de lo alto del columpio.

Las lágrimas volvieron a cobrar protagonismo en el rostro de la mujer, que parecía estar recibiendo la noticia del fallecimiento de su hijo por primera vez.

- Tienes que dejar de volver aquí cada vez que salgo de casa y te dejas sola.

Tienes que hacerte a la idea de que Jorge ya no está, pero nosotros sí. Tienes que volver a vivir, yo necesito volver a vivir, y así no puedo.

Ana retiró las manos de su esposo, se puso en pie y con paso lento comenzó a caminar alejándose de él por hacia el pórtico que la alejaba de los columpios.

- Por favor. Coge la fiambarrera – le dijo a su marido mientras se alejaba.

Él se acercó hacia la fiambarrera decorada con unos hermosos dibujos de dinosaurios.

Observó que estaba vacía, la cerró y caminó rápidamente hasta alcanzar a Ana que la cogió y protegió bajo su regazo.

- Está vacía. Como siempre.
- Lo se – respondió Ana con tranquilidad.

Desde un lugar indeterminable, Ana oyó un susurro etéreo y se detuvo unos segundos para intentar escucharlo con mayor nitidez.

- Gracias mamá.

Ana sonrió, se dejó abrazar por su marido, y ambos salieron del parque conscientes de que no sería la última vez que realizarían ese trayecto.